

Sección Internacional

asuntos generales

Países pobres y países ricos

La ayuda que proporcionan los países ricos a los países pobres al través de créditos, donativos, etc., durante 1966 se mantuvo al mismo nivel —tal vez a una magnitud menor— que en 1965, alcanzando un valor equivalente a 1 280 millones de dólares. Según informa la ONU, el beneficio de este flujo de capitales se concentró en unos cuantos países, especialmente en la zona petrolera de Medio Oriente y en aquellas economías ligadas a la intervención militar norteamericana en Vietnam, de tal suerte que unos 510 millones de dólares, casi el 50% del total fueron absorbidos por estos dos tipos de países.

Al mismo tiempo, la Agencia para el Desarrollo Internacional, filial del Banco Mundial dio a conocer un informe en el que se asegura que más de una quinta parte de los desembolsos efectuados por Estados Unidos han sido ya reembolsados. Según la Agencia, de 1948 a 1967, los préstamos concedidos con cargo a fondos proporcionados por Estados Unidos ascienden a unos 13 200 millones de dólares, de los cuales se han pagado alrededor de 2 900 millones.

Indudablemente que el flujo de capital para el desarrollo de los países pobres ha sido insuficiente y, además, mal canalizado, pues los países beneficiados siguen estando en una precaria situación económica y los países industrializados

tienden a aumentar su bienestar de una manera creciente, ensanchándose aún más el abismo entre unos y otros, lo que lleva a preguntarse a quién en realidad ha beneficiado dicha ayuda. Por otra parte, otros estudios (*Balance of Payments Yearbook*, Vols. 15, 16 y 17) demuestran que, cuando menos para América Latina, el financiamiento neto externo ha decrecido en grandes proporciones (de 1 131.9 millones de dólares en 1960 a 287.8 millones en 1965) dada la creciente magnitud del servicio de la deuda oficial externa de estos países y del crecimiento de las salidas por conceptos de retribución de la inversión extranjera directa.

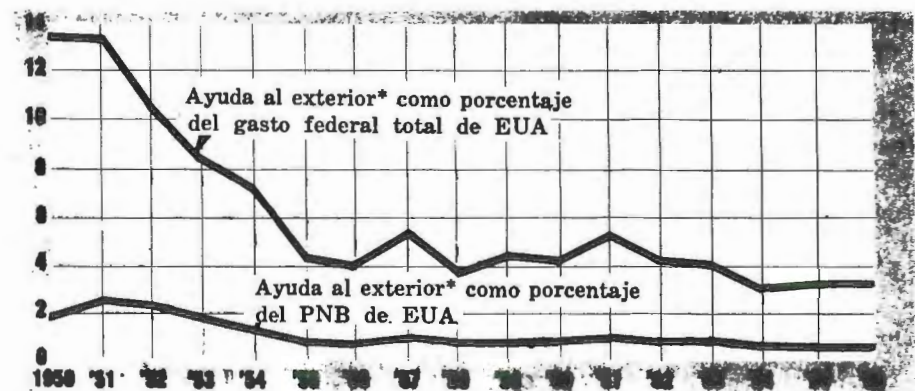
Ante esta situación David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank, afirma que “es paradójico y un

tanto más que irónico que, cuando nuestro programa de ayuda al exterior se encuentre en pleno éxito, su aceptación en el público y el Congreso de Estados Unidos se sitúa a un nivel mínimo. El ciudadano promedio —dice Rockefeller— está acostumbrado a lujos tales como el café instantáneo, las prados instantáneos y hasta al dinero instantáneo, y no concibe el hecho de que no exista algo que se pueda denominar ‘desarrollo económico instantáneo’”.

Así tenemos que la participación de la ayuda externa norteamericana dentro del gasto federal del país ha decrecido muy considerablemente en los últimos dieciséis años, llegando a niveles mínimos en 1964, año a partir del cual se ha mantenido en su punto de mayor contracción desde 1950 (ver gráfica 1).

GRÁFICA 1

Tendencia de la ayuda al exterior de Estados Unidos (Porcentajes)



* Asignaciones del Congreso de Estados Unidos.

FUENTE: Departamento de Comercio de Estados Unidos y AID.

No hay duda de que son cada vez menores las esperanzas de que pueda cerrarse la brecha creciente entre los países pobres y los países ricos dentro de la evolución actual de la economía mundial. El profesor Alfred Michaelis, en la revista *Intereconomics*, hace resal-

tar las declaraciones de la ONU en donde se admite que “comparando las esperanzas y aspiraciones [por superar el subdesarrollo], el esfuerzo del desarrollo ha sido un fracaso, si bien no un fracaso absoluto”. El propio Michaelis señala, con verdad, que el problema de

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., sino en los casos en que expresamente así se manifieste.

Pausa y recuperación en la economía de Estados Unidos

PAUL A. SAMUELSON

El pasado mes de enero, los economistas del presidente Johnson predijeron que 1967 sería un año de doble carácter económico; débil en el primer semestre del año y altamente dinámico después.

El equipo del Dr. Gardner Ackley ha demostrado haber tenido la razón desde un punto de vista cualitativo. Durante los últimos cinco meses la economía norteamericana ha funcionado con lentitud e, indiscutiblemente, con mayor rigidez de lo que se había previsto por parte de los técnicos oficiales:

a) El PNB decreció de hecho en términos reales durante el primer trimestre del año.

b) El índice de la producción industrial se ha movido horizontalmente durante más de seis meses.

c) Las utilidades han decrecido entre 5 y 10 por ciento respecto de su máximo. La recaudación fiscal se localiza por debajo de las estimaciones.

d) Aun cuando se ha reducido la semana de labores, se mantiene baja la tasa de desempleo —es más, se mantiene increíblemente baja, aun si se reconoce que las muy poco atractivas oportunidades de trabajo han ocasionado una compresión del número de personas que solicitan trabajo.

Mis apreciaciones personales hace unos meses giraban en torno a que las expectativas de Washington resultaban *cuantitativamente* demasiado optimistas, lo cual parece haber sido cierto. Por esto es que la Administración Johnson canceló la elevación del 6% en los impuestos al ingreso de las personas y las empresas, programada para mediados de este año. Es por esto que se recomendó a regañadientes la reinstalación del crédito fiscal a la inversión, como aci-

cate a los gastos de capital en plantas y equipo industrial. Es por esto que Washington ha descongelado consecutivamente fondos de infraestructura que había planeado retener para más tarde.

En una economía mixta como la nuestra, el Gobierno puede actuar de tal forma que haga valer sus predicciones. Cuando el Consejo de Asesores Económicos descubrió que su estimación de 787 000 millones de dólares para el nivel del PNB en 1967 resultaba inexacta, se cambiaron las medidas de política económica antes prescritas. Según mi punto de vista, la acción diseñada para hacer cumplir las predicciones es, en verdad, sensata. Pero esto no significa que debemos dar a su pronóstico una elevada calificación: debemos juzgar la precisión de sus predicciones no sólo sobre la base del resultado final, sino también respecto a si ese resultado se alcanza con las medidas propuestas y con los niveles de déficit presupuestal establecidas en el momento de hacer las predicciones.

¿Estamos entonces en una recesión? La entidad que tiene la autoridad y los datos oficiales para contestar a esto, el National Bureau of Economic Research, no lo hará durante los próximos dos años. Pero, es posible pasar revista a las pruebas existentes.

El profesor Milton Friedman, de Chicago, que es la octava o novena maravilla del mundo (según como se catalogue al Gran Cañón del Colorado) ha dicho que una recesión es inevitable en virtud de la reducción de la oferta monetaria efectuada por la Reserva Federal en el período abril a noviembre del año pasado.

Cualquiera que tome literalmente el testimonio de los llamados "principales indicadores" tendrá que considerar su caída de casi un año como

una señal inequívoca de una recesión, presente o aún por venir. Dado que estos indicadores tienden a ser exagerados, poca gente los toma en consideración plena. Sin embargo, la mayoría de los economistas privados aún juzgan prudente atender de vez en cuando a sus oscilaciones.

Las existencias acumuladas de bienes crecieron desmesuradamente respecto a las ventas a finales del año pasado. La revista *Fortune* —que llegó a tener un envidiable récord como pronosticadora hasta 1960 en que la economía dejó de seguir su trayectoria de alzas y bajas súbitas, previsión característica de los volátiles editores de *Fortune*— confía en que se realizará un serio reajuste de inventarios. Por mi parte, no me adhiero a la idea de que una recuperación de dos meses en las existencias signifique la desaparición de la acumulación de inventarios. Además, el aumento prematuro de los inventarios industriales durante el mes de abril refuerza mi duda.

Finalmente, estudiosos del ciclo económico como el profesor Arthur F. Burns (de la Universidad de Columbia, miembro del National Bureau y asesor económico del presidente Eisenhower) ha revelado cierto temor durante los últimos seis años, de que la expansión Kennedy-Johnson dé lugar a los excesos y distorsiones que en ocasiones anteriores han provocado depresiones económicas. Por bastante tiempo, sus temores fueron prematuros. Enpero, en los últimos dos años, el aumento del gasto provocado por el conflicto de Vietnam dentro del contexto de las fuerzas estimulantes de la expansión norteamericana ha ocasionado:

a) elevación del costo salarial por unidad de producto;

b) disminución del ritmo de crecimiento de la productividad;

c) debilitamiento de los márgenes de utilidad;

d) la mencionada elevación de la relación inventarios-ventas; y

e) algunos signos de excesos de capacidad instalada, ahora que se recogen los frutos de la pasada formación de capital boyante, justo en el momento en que el producto real ya no crece.

Indudablemente, las razones que fundamentan la posibilidad de una recesión son poderosas. Pero debo concordar con el enfoque expresado por Sherman Maisel, gobernador de la Junta de la Reserva Federal, uno de los allegados más liberales del presidente Johnson. El Sr. Maisel, antes profesor de la Universidad de California y respetado macroeconomista, ha afirmado que, indudablemente, la economía norteamericana se enfilaría hacia la recesión si decidimos conservar aun, el tipo de capitalismo *laissez faire* de antaño.

Sin embargo, la Reserva Federal ha decidido mantener la política monetaria y crediticia como estimulante de la economía, esperando atraer a la construcción residencial sobre los niveles deprimidos en que fue colocada el año pasado como consecuencia de la restricción monetaria. Pero lo más importante de todo es que hay bastantes razones para esperar que la política fiscal sea mucho más estimulante que lo estipulado en el presupuesto de enero por el presidente Johnson.

La actividad militar en Vietnam, como quiera que se vea, continuará en escalada. Las hostilidades en el Medio Oriente harán que se olvide cualquier duda interna sobre el vasto tamaño del déficit presupuestal. Además, todo indica que este déficit será mucho mayor de lo que el hombre de la calle y los miembros del Congreso están dispuestos a aceptar con equanimidad e indiferencia.

Dado el intervencionismo gubernamental, dudo que en 1967 se registre una recesión abierta en el sentido en

el que este término es empleado por el National Bureau y los economistas académicos. Que hemos sufrido una pausa, llámesele como se le llame, es desde luego obvio. Empero, yo me inclino por aceptar la posición expuesta públicamente por Washington, de que la economía volverá a un ritmo acelerado después de la mitad de este año.

En Washington, los técnicos esperan que para este fin de año la economía sea dinámica; es más, demasiado dinámica. Para el último trimestre, el PNB a precios corrientes crecerá a una tasa anual superior al 7%. Esto deberá estar acompañado por presiones inflacionarias en salarios y precios, a menos que el Congreso actúe vía elevación de impuestos.

Sin embargo, a veces el Congreso realiza más prontamente lo propio con vistas al error, más que al éxito económico. El nivel sin precedentes del déficit presupuestal puede —en medio de una guerra fría— persuadir a la mayoría del Congreso de aceptar una elevación de impuestos para finales de año o para enero de 1968, con anterioridad al nuevo presupuesto presidencial.

Aun cuando se acepte un pronóstico factible, no deja de ser útil señalar aquellas posibilidades de error que pueden vaticinarse. He aquí mi lista:

a) Hemos estado prohiendo una considerable recuperación de la rama de la construcción residencial, que culminará a finales de año. Esta esperanza se basa en la expectativa de crédito barato y accesible. Empero, desafortunadamente las tasas de interés a largo plazo, hasta junio, comenzaron a congelarse más que a ser más flexibles.

Esta creciente divergencia entre tasas de interés a corto y a largo plazo es reminiscente de los antiguos debates entre Sir Ralph Hawtrey y Lord Keynes. Su presencia no debería sorprender a las autoridades. ¿Pues cómo es que, al mismo tiempo, ad-

viertan una inflación con seis meses de anticipación y esperen, asimismo, que los inversionistas acepten con facilidad valores a largo plazo?

A fechas recientes, la Reserva Federal ha comenzado a presionar hacia abajo el rendimiento de valores a largo plazo mediante operaciones de mercado abierto en las que se adquieren bonos a largo plazo. Sospecho que deberán llevar esa política con gran vigor si se prevé alcanzar los resultados deseados.

b) Durante mucho tiempo, en Wall Street se han registrado tendencias alcistas en las cotizaciones de valores, aun frente a negocios en estancamiento y a utilidades decrecientes. Aunque es posible —con base en la experiencia— presenciar un mercado de valores a la baja durante períodos bélicos, en estas circunstancias generalmente se generan presiones inflacionarias de salarios y precios. Así, los períodos de inflación aún revelan que pueden hacer maravillas en los promedios de cotizaciones bursátiles elaborados por Dow-Jones.

De cualquier manera, debe reconocerse como una probabilidad remota, que Wall Street se decepcionará por la evolución de las utilidades y los precios de las acciones se tornarán entences en un factor depresivo de la demanda agregada. Si esto ha de coincidir con la liquidación de inventarios, 1967 tal vez resulte en un año de mayor estancamiento del que los pronósticos revisados señalan.

Algunas veces, cuando observo a mis amigos en Washington, manteniendo su optimismo pese a la completa ausencia de datos visibles que señalen en esa dirección, se me ocurre que prohijan una nueva versión de la Ley de Parkinson: *El gasto en Vietnam crecerá lo suficiente para cubrir cualquier vacío en el uso de los recursos que pudiere aparecer en 1967*. Odiaría tener que apostar en contra.

NOTA: Este comentario fue publicado originalmente en *The Financial Times*, Londres, 14 de junio de 1967.

(Sigue de la pág. 563)

la inadecuada ayuda externa para el desarrollo es la falta de comprensión del carácter estructural de los problemas a que se enfrentan los países subdesarrollados. Se han subestimado la trascendencia, requerimientos y consecuencias de la empresa, comenzando porque su realización debe concebirse en términos no de "décadas del desarrollo" sino de generaciones. El esfuerzo nacional, cimentado en la acción gubernamental, no ha sido lo suficientemente efectivo; los empeños internacionales no han revestido un carácter adecuado, no tanto en relación a su magnitud —que resulta de tales formas insuficiente sino en cuanto a su dirección y sus implicaciones conexas.

Así, lo mejor que puede esperarse para los países pobres es un "lento progreso que deberá seguir al ritmo del crecimiento demográfico y dar un pequeño margen para elevaciones modestas de los estándares de vida y aumentos marginales de la formación de capital que financien ese lento camino hacia el progreso", concluye el profesor Michaelis.

"La empecinada apertura de la brecha entre países pobres y países ricos viene cargada de graves peligros políticos y sociales que amenazan el mundo entero... El acentuamiento de esta situación —añade Michaelis— fortalecerá las tendencias socializantes como una salida al esfuerzo de manejar la problemática mediante un control centralizado, a pesar de que en algunos países la escasa eficiencia de la utilización de este control haya agravado las condiciones imperantes. De cualquier forma, no hay escape a la posibilidad de que la brecha entre el norte y el sur, en todas sus ramificaciones sustituye al actual conflicto básico entre occidente y oriente, como factor dominante de la política mundial en las próximas décadas."

¿Qué han obtenido los países pobres de la Ronda Kennedy?

Las conversaciones dentro del marco de la Ronda Kennedy han concluido en términos generales. Empero queda aún mucho por hacer hasta lograr su definitiva proyección. Existen diversos criterios sobre las decisiones de compromiso relativas a ciertas cuestiones importantes que durante mucho tiempo bloquearon las negociaciones (ver *Comercio Exterior*, junio de 1967, p. 481). Muchas de esas decisiones son incompletas, y algu-

nas incluso contradictorias. Todo esto es comprensible por muchas razones. Debía ante todo satisfacerse la curiosidad de la opinión pública que desde hace casi cuatro años ha sido mantenida en suspenso y en la incertidumbre con respecto al destino de "las más grandes conservaciones comerciales de la historia". Además de esto, los comentaristas han observado, en general —señala R. Milic en un trabajo publicado en *Política Internacional*—, aquel complejo de problemas que redundan en interés de sus países o de las agrupaciones cuyos intereses defienden. Para una más compleja y real observación de los resultados de la Ronda Kennedy deberá esperarse, de todos modos, la publicación definitiva de numerosos datos y naturalmente, las apreciaciones y análisis oficiales. Sin embargo, sobre la base de lo ya conocido puede darse desde ahora una estimación global de lo que se ha logrado en relación con lo que se deseaba.

Las promesas a los países en desarrollo —sigue diciendo Milic—, en el comienzo y en el curso de la Ronda Kennedy, no han sido cumplidas, pues los principales negociadores estaban demasiado preocupados en sus propios intereses y en la lucha para salir de sus propios compromisos. Según se reconoce generalmente, pero sin disculpas, la problemática esencial de la exportación de los países en desarrollo ha quedado al margen, y por esto, al final de las conversaciones, los países en desarrollo obtuvieron dos "a manera de premios". El primero consiste en que se les ha prometido que la disminución de los aranceles aduaneros lograda en el curso de las negociaciones, valdrá para ellos, en su totalidad, inmediatamente después de que los acuerdos entren en vigor, mientras que, para los países desarrollados, la misma se escalonará durante un período de cinco años. Como idea, la cosa no parece mala, pues se reduce el otorgamiento de cierta clase de preferencias aduaneras limitadas y temporarias, pero la utilización práctica de este gesto galante será mínima si los productos de exportación de mayor importancia para los países en desarrollo se encuentran en la lista de excepciones o bajo un régimen especial de importación, como por ejemplo los textiles de algodón. La obtención de preferencias temporarias, por ejemplo, para la exportación de automóviles, instrumentos ópticos o relojes, realmente no tiene ningún valor práctico si los países en desarrollo no exportan en general estos productos, y menos aún a los países industrialmente desarrollados.

El otro "a manera de premio" consiste en el fondo de ayuda de 4.5 millones de toneladas de trigo que, sin embargo, está bastante lejos de las necesidades actuales de importación, que se ha concedido a los países en desarrollo. Según todas las previsiones, estas necesidades crecen ininterrumpidamente a consecuencia del rápido desarrollo demográfico y del estancamiento relativo de la producción de artículos alimenticios en los países en desarrollo —agrega Milic. Un comentarista ha mostrado certeramente la ambigüedad del acuerdo sobre el trigo en la Ronda Kennedy, se ha negociado al mismo tiempo sobre el aumento del precio del trigo y sobre la formación del fondo de ayuda, pero como este último está por debajo de las necesidades de importación de los países en desarrollo, ellos estarán obligados a comprar cada vez mayores cantidades de trigo y a pagarlas a precios más elevados. De este modo, los países en desarrollo "quedarán con la impresión de que se les quita con una mano lo que se les da con la otra".

Cuando se habla ya sobre la importación de alimentos a los países en desarrollo y sobre las previsiones de que tal importación aumentará en las próximas décadas, el asunto del pago de esta aumentada importación, traza nuevas dimensiones en el problema del incremento de las exportaciones provenientes de los países en desarrollo como fuente principal de ingresos en divisas. Con el aumento de la importación de alimentos —que sólo parcialmente estará cubierta con ayuda gratuita—, se agudizará cada vez más el dilema en el que se encuentran ya hoy los países en desarrollo: o apretar el cinturón en cuanto a los productos alimenticios o reducir la importación de equipos destinados al desarrollo. Este dilema sólo puede ser resuelto con mayores ingresos provenientes de las exportaciones, de materias primas y productos industriales, al mismo tiempo. A juzgar por todo, parece que por no haber cumplido la promesa de que "se harán todos los esfuerzos posibles para disminuir los obstáculos a la exportación proveniente de los países en desarrollo", la Ronda Kennedy no brindará una contribución satisfactoria para resolver este gran dilema. Por esto serán necesarios nuevos y crecientes esfuerzos. Por esto no hay que extrañarse de que, en momentos en que la Ronda Kennedy prácticamente no ha concluido aún, se oigan exigencias de que, mediante una nueva acción internacional, se lleven a cabo las tareas que la misma no ha podido realizar.

Si mucho ha quedado por hacer en la liberalización del comercio internacional de los productos agrícolas —en lo que están por igual interesados algunos países desarrollados y la mayoría de los países en desarrollo— mucho más ha quedado por hacer en lo que concierne al aumento de la exportación industrial de los países en desarrollo a los países industrialmente desarrollados, concluye Milic. Una acción ulterior es de cualquier modo necesaria, y por esto es de menor importancia el nombre que llevará la misma (se menciona una Ronda Johnson) y si tendrá lugar en el GATT o en la UNCTAD o en ambos organismos al mismo tiempo. Lo importante es que en el mundo desarrollado madure la idea de que son necesarias empresas más radicales en la esfera de la política económica y comercial, de modo que en los mercados del mundo desarrollado pueda hallarse mayor lugar para el aumento de las importaciones que sirva al rápido progreso de los países no desarrollados.

Informe anual del Banco de Pagos Internacionales

De la última reunión anual del Banco de Pagos Internacionales (BIS) efectuada a mediados de junio, se desprende que las propuestas para fortalecer al Fondo Monetario Internacional que han de presentarse en la próxima reunión de este organismo (en septiembre, en Río de Janeiro), serán quizá insuficientes para resolver el problema del futuro crecimiento de las reservas monetarias mundiales.

En efecto, el BIS —como se recordará, esta institución juega el papel de banco central de bancos centrales en el mundo occidental— ha manifestado en su informe que, como están las cosas actualmente, no existe alternativa al actual patrón de cambio oro, y tampoco es sencillo encontrar una nueva manera de operar este sistema que suponga un flujo limitado de nuevos activos de reserva creados en forma deliberada, o que conserve los aumentos de la oferta de oro monetario tan reducidos como los de los últimos años.

Señala el BIS que 1966 fue el primer año después de la guerra en el que las reservas oficiales de oro no registraron un aumento. Para el año en cuestión, la producción mundial de oro —excepto la de la URSS y del resto de los países socialistas— se estimó en 41.1 millones de onzas, volumen similar al producido en 1965. Como es costumbre, disminuyó la producción total de todos los paí-

ses occidentales excepto la producción de Africa del Sur. Por su parte, el segundo productor más importante, Canadá, registró una reducción de 300 000 onzas (9%) en su producción aurífera. “La exportación de Estados Unidos, Australia, Japón y Filipinas registró un leve aumento”, se señala en el informe del BIS. Cabe subrayar que decayó la tasa de crecimiento de la producción de oro en Africa del Sur, la que, después de elevarse en 1965 en 1.4 millones de onzas, en 1966 creció tan sólo en 0.3 millones de onzas. Así pues, considerando el precio actual del oro (35 dólares la onza), el valor de la producción del metal amarillo equivalió a 1 440 millones de dólares en 1966.

El informe del BIS explica la elevación considerable de las tasas de interés a largo plazo en Europa oriental desde 1962. Al efecto, debe considerarse, en primer lugar “la rápida evolución del gasto público, aunada a los ajustes del nivel de salarios frente a avances importantes de la productividad, lo cual ha significado incrementos en los márgenes de ahorro. Además, la persistencia de presiones inflacionarias ha fortalecido la preferencia por la liquidez”.

Otra razón más gira en torno a las medidas directas asumidas por Estados Unidos con vistas al mejoramiento de su balanza de pagos. “Dentro del programa voluntario, las empresas norteamericanas pedirán fondos prestados en Europa y no podrán sobrepasar el nivel tope de inversiones directas en el exterior, mejorando además su posición individual de pagos.” Es más, el impuesto de igualación de intereses (*interest equalization tax*) ha sido modificado en su tasa, que fue elevada del 1% al 1.5%, con lo que se promueve la inversión interna y se presiona al deudor europeo a solicitar fondos internacionales en Europa.

Respecto al comercio mundial, el BIS juzga que la desaceleración de intercambio que se registró en 1965, fue ligeramente superada durante el año pasado. Así pues, el valor de las exportaciones mundiales creció en 9.5% en 1966 frente a 8.5% en 1965. Esto, según el BIS, fue efecto de dos tendencias principales consideradas como divergentes. En primer término, la fluidez de las exportaciones canadienses y de Europa occidental hacia Estados Unidos. Por otra parte, se señala la pérdida de dinamismo del comercio intereuropeo, consecuencia de los conflictos de la economía alemana.

Un carácter expansionista se reflejó en el mercado del eurodólar como con-

secuencia de las restricciones crediticias adoptadas por las autoridades norteamericanas, lo que orilló a los bancos de Estados Unidos a absorber eurodólares en gran escala. Además, la demanda total se mantuvo al alza dada la falta de acceso al crédito bancario en Estados Unidos y a las tensiones de los mercados de capitales de Alemania y Holanda. El fortalecimiento de la demanda de eurodólares devino en una elevación sustancial de las tasas de depósito de este medio de pago, que a su vez resultó en una exitosa atracción de nuevos fondos al mercado europeo de capitales.

materias primas

Se consumió más petróleo en el mundo durante 1966

En 1966, el consumo de petróleo en el mundo alcanzó un volumen de 33 173 000 barriles diarios frente a 30 966 000 barriles diarios en 1965, según estimaciones hechas por la revista especializada *World Petroleum*. Esto significa que la demanda experimentó un aumento de 7.1% durante el período considerado. Al comparar las tasas de crecimiento del consumo del petróleo de los dos hemisferios, se nota que el hemisferio oriental acusó un crecimiento mayor, al pasar de 16 478 000 barriles diarios en 1965 a 18 086 000 barriles diarios en 1966, lo que equivale a un crecimiento de 9.8%, mientras que el consumo en el hemisferio occidental creció en 4.1%, al pasar de 14 488 000 barriles diarios en 1965 a 15 087 000 barriles diarios en 1966. Del total de petróleo consumido, el 45.5% corresponde al hemisferio oriental. Cabe recordar que, hace una década, la proporción era la siguiente: 64% a occidente y 36% a oriente.

Norteamérica continúa figurando como la principal zona consumidora de petróleo en el mundo, con un total de 13 268 000 barriles diarios, lo que significa alrededor del 40% del total mundial. Del volumen mencionado, el 88.3% corresponde a Estados Unidos, el 8.9% al Canadá y el 2.8% a México.

Estados Unidos es el principal consumidor de petróleo en el mundo. Para 1966, su consumo se situó en 11 715 000 barriles diarios, cifra que representa un aumento de 3.6% con respecto a 1965. Canadá consumió 1 175 000 barriles diarios, registrando un aumento de 5.7%. Tanto por las condiciones climáticas de los países que integran la zona de Centro y Sudamérica, como por su grado

de desarrollo, el consumo de petróleo en la misma no es todo lo elevado que su población requeriría, siendo su crecimiento promedio para el período 1962-1966 de 5.8%. En 1966, el consumo de la zona alcanzó un volumen de 1 819 000 barriles diarios, que representaron el 5.5% del total mundial, o sea 6.1% más que en 1965. De este total, 79.3% correspondió a Sudamérica y 20.7% a Centroamérica y el Caribe. Los principales consumidores de petróleo de esta zona fueron, en orden de importancia, Brasil, con 375 000 barriles diarios; Argentina, con 370 000; Venezuela, con 183 000; Colombia, con 98 000, y Perú, con 84 000 barriles diarios.

Europa occidental es la segunda región más importante del mundo en materia de consumo de petróleo, siendo su participación, con respecto al total, de 25.5% en 1966 frente a 24.6% en 1965. El volumen de petróleo consumido en 1966 fue de 8 460 000 barriles diarios, frente a 7 625 000 barriles diarios en 1965. Esto significó un aumento de 11%. Del total anteriormente mencionado, el 59.3%, o sea 5 018 000 barriles diarios, corresponde a los países de la Comunidad Económica Europea; el 19.2% al Reino Unido (1 620 000 barriles diarios) y el 21.5% a los otros países.

Después de Europa occidental, la tercera zona consumidora de petróleo de mayor importancia es el bloque socialista, con un total de 4 872 000 barriles diarios, y una participación de 14.7% en el total mundial. En 1966 el consumo de esta zona registró un aumento de 7.7% con respecto al año anterior.

El consumo de petróleo en África es muy reducido, tanto en términos absolutos como en términos relativos. Para 1966, dicho consumo alcanzó a 608 000 barriles diarios en comparación con 575 000 barriles diarios en 1965, lo que equivale a un aumento de 5.7%, y a una participación de 1.8% con respecto al total mundial. Los principales países consumidores de esta zona son: Egipto, Sudáfrica y Angola.

En el Medio Oriente el consumo alcanzó para 1966 un total equivalente a 757 000 barriles diarios, lo que significó un aumento del 6% con respecto a 1965 y una participación de 2.3% en el total mundial. Entre los principales consumidores de la zona se encuentran: Irán, Kuwait, Adén y Arabia Saudita.

En el sureste de Asia y el Lejano Oriente se alcanzó en 1966 un consumo de 2 946 000 barriles diarios, 11.8% más sobre el nivel de 1965, participando en el total mundial con 8.9%. Entre

sus principales países consumidores se encuentran el Japón, con 1 925 000 barriles diarios, e Indonesia, Filipinas, Singapur y Paquistán.

Por último, Oceanía elevó su consumo de petróleo para 1966 a 443 000 barriles diarios, lo que significó un aumento de 9.4% con respecto a 1965. Su participación en el total mundial fue de 1.3 por ciento.

norteamérica

¿Qué pasó con la explosión infantil en Estados Unidos?

A principios de marzo de 1967 el Centro Nacional de Estadística de Salud de los Estados Unidos anunció provisionalmente que la tasa de natalidad (el número de nacimientos vivos por cada mil habitantes) para el año de 1966 fue de 18.5. En los doce meses anteriores a noviembre de 1966 llegó a 18.6. Esta última cifra ya marcaba una baja en la tasa (de 19.1 que se registró en mayo de 1966) y no se esperaba que la tasa global para 1966 excedería a la de noviembre. También, como se esperaba, no llegó a la marca más baja de 18.4 que se registró en 1933 y de nuevo en 1936, pero sí fue menor que el segundo punto más bajo (18.7) registrado en 1935 y 1937. El número total de nacimientos en 1966 fue de 3 629 000, una reducción sobre el total de 3 760 358 registrado en 1965.

En los 33 años que separan las dos marcas más bajas de tasas de natalidad en los Estados Unidos, la nación experimentó un período de 11 años de explosión infantil, entre 1946 y 1957. En la década de los años cincuenta, la población aumentó en 28 millones. En la culminación de la explosión infantil, la población de los Estados Unidos creció a razón de casi 1.8 por ciento al año. A este paso, la población hubiera totalizado los 370 millones al terminar el siglo. Empero, la explosión infantil comenzó a mermar en 1958 cuando la tasa de natalidad inició un firme descenso que continúa hasta ahora. En 1967, la tasa podría llegar a ser inferior a las tasas de natalidad de mediados de la década de los años treinta.

El momento en el que se nivelará la declinación es todavía indefinido. Muchos países europeos tienen tasas de natalidad más baja que Estados Unidos. La de Hungría (13.1 al millar) es ac-

tualmente la más baja del mundo. Ahora bien, aun cuando la declinación continúe, la población de Estados Unidos —que ahora aumenta en 2 millones al año— mostraría alzas sustanciales. Los resultados de las últimas investigaciones de la Oficina de Censos (Census Bureau) publicados en 1964, mostraron un alza de 291 a 362 millones para el año 2000. Las tendencias de los últimos dos años dan a entender que esta cifra es ahora demasiado elevada; sin embargo, la población de Estados Unidos para el año 2000 excederá considerablemente los 198 millones de hoy.

La situación actual comparada con la de hace 33 años, representará un contraste paradójico en cierto sentido. La baja tasa de natalidad de mediados de la década de los treinta tuvo lugar en lo más agudo de la depresión. Tan pronto como mejoraron las condiciones económicas, la tasa de natalidad comenzó el ascenso. En 1947 se mantuvo en 26.6, tan alta como 25 años antes. El panorama económico de la nación es hoy muy distinto del que prevaleció durante los años treinta. Sin embargo, entre 1958 y 1966, la tasa de natalidad declinó en un 30% en una era de prosperidad sin precedentes.

Comentando estas tendencias, Robert C. Cook, presidente del *Population Reference Bureau* dice que "a la luz de lo ocurrido, la única cosa que se puede afirmar con certeza es que la tasa de natalidad en Estados Unidos no permanecerá inmóvil". Durante los primeros años de la explosión infantil —el "baby boom"—, los expertos en población se convencieron de que la explosión duraría sólo un corto tiempo y luego se nivelaría. En muchos de los países industriales de Europa la explosión de natalidad de posguerra siguió su curso hasta 1955. La oscilante tasa de natalidad de Estados Unidos obligó a la Oficina de Censos a publicar varias correcciones sobre las proyecciones de incremento demográfico entre 1945 y 1965. Cálculos recientes dan un total de 300 millones para la población de Estados Unidos a fines de siglo, que contrasta con los 370 millones que se hubieren podido anticipar hace diez años.

A pesar de que las tasas de natalidad de 1933 y 1966 son casi idénticas, una medida de la fertilidad más precisa —la tasa de fertilidad— revela un contraste importante entre la situación de entonces y la de ahora. Esta indica el número de nacimientos por cada mil mujeres entre las edades de 15 a 44 años. Hace treinta años, la tasa de fertilidad era de 76. En otras palabras,

por cada mil mujeres en edad fértil, nacían 76 niños. En 1957, en la culminación de la explosión infantil, la tasa había aumentado hasta a 123. En 1965 bajó a 97: por cada mil mujeres en edad fértil nacieron ese año 26 niños menos que nueve años antes; pero 21 niños más que a mediados de la década de los treinta y se espera que la tasa para 1966 haya sido ligeramente menor.

Con iguales tasas de natalidad, puede parecer paradójico que la tasa de fertilidad en 1966 sea mayor que la de 1933. Esto puede atribuirse a que la proporción de mujeres en edad fértil ha cambiado; en 1933 había relativamente más mujeres comprendidas en el grupo de edades 15-44 que las que hay hoy.

Lo que motivó esta declinación es un asunto complicado no muy bien comprendido. Actualmente ha habido algunas explicaciones populares, que obviamente están lejos de la realidad. Una de ellas atribuye esta declinación al empleo de los nuevos anticonceptivos. Realmente, los anticonceptivos están muy generalizados, y si bien ha incidido en el fenómeno, ciertamente no son la causa de esa declinación. Durante los años de la depresión, cuando la tasa de natalidad llegó al mínimo registrado, la píldora estaba tan lejos como la idea de enviar un hombre a la luna. La última disminución de la tasa de natalidad comenzó tres años antes de que la píldora fuera lanzada al mercado. Ni siquiera la guerra de Vietnam puede ser considerada como factor de importancia capital. En Asia oriental hay menos de medio millón de norteamericanos. La gran movilización de 1943 y 1944 fue acompañada solamente de una pequeña baja en la tasa de natalidad.

El hecho de que Estados Unidos atravieze un momento demográfico crítico, lo demuestra el que el aumento de un niño por familia significaría un enorme aumento de la población total para fines de este siglo. Si las mujeres de Estados Unidos tuvieran, en lugar de un promedio de tres, un promedio de cuatro niños, para el año 2000 el aumento de población excedería a la actual población de los Estados Unidos. Este aumento provocaría insostenibles presiones en las funciones gubernamentales esenciales como educación, protección de la salud, mantenimiento del orden y garantías de seguridad económica.

La tendencia en cuanto al tamaño de la familia parece estar cambiando del "ideal" de 3 a 4, al de 2 o 3 niños por familia, y aun menos. El economista doctor Joseph J. Spengler recientemente recalculó lo favorable de esta tendencia con

estas palabras: "En el futuro, el crecimiento económico dependerá primordialmente de la invención, innovación, progreso técnico y formación de capital, de medidas institucionalizadas para favorecer el crecimiento. El crecimiento de la población representará probablemente un papel de menor importancia del que anteriormente se le asignara... Es el momento entonces, de que los hombres de negocios dejen de mirar a la cigüeña como pájaro de buen agüero", incluso en los países industrializados.

europa

La crisis del carbón y de la CECA

La rápida aceleración del volumen de existencias acumuladas de carbón en la Comunidad Económica Europea —hasta unos 50 millones de toneladas para finales de 1967— ha ocasionado que el Consejo de Ministros de la CEE solicitase a la alta autoridad de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) una propuesta para salir de la crisis, que incluya cambios radicales de la estructura de la Comunidad, que debe presentarse para finales de junio de este año. En efecto, la situación de la industria del carbón ha sido calificada como "crisis manifiesta", de acuerdo con el artículo 58 del Tratado de París.

Sin embargo, al recurrir al artículo 58, no se resuelve el problema a largo plazo, pues el carácter de las soluciones implícitas fue diseñado para superar tensiones momentáneas. Además, la aplicación —a la luz de dicho artículo— de cuotas lineales afectaría a la industria recayendo negativamente sobre las empresas con bajos costos y beneficiaría a aquellas en las que el costo de producción es elevado.

Por principio, los representantes italianos y holandeses se opusieron a la aplicación del artículo 58, que traería consigo el establecimiento de cuotas de importación y producción común, lo cual perjudica a sus respectivos países, que dependen de la adquisición de carbón barato en el exterior para satisfacer su demanda interna.

Todo parece indicar que la alta autoridad de la CECA propondrá una reforma estructural a largo plazo fundamentada en el artículo 95 del Tratado de París, que otorga libertad ilimitada para emplear cualquier mecanismo ante una situación imprevista. El resto del Tratado supone una constante insuficiencia de carbón en el mercado y no reglamentó

sobre la posibilidad de enfrentarse a excedentes de la oferta.

En principio, seguramente se propondrá el cierre de aquellas explotaciones que funcionen ineficientemente, permitiendo solamente el funcionamiento de las minas que demuestren trabajar bajo condiciones competitivas.

Cabe recordar que se trató de amainar la crisis del carbón reduciendo el horario de trabajo, lo cual, sin embargo, sólo acarreo problemas laborales en las regiones mineras, pues no se indujo a los trabajadores a dedicar su mano de obra a industrias periféricas, reduciéndose entonces el nivel real de ingresos.

En el sector del acero, el Consejo de Ministros adoptó la recomendación de varios expertos en la que se proponía que los Seis coordinaran sus programas nacionales, de tal manera que se eludiese el otorgamiento de incentivos estatales promoviéndose, en cambio, la creación de complejos siderúrgicos de mayor tamaño y localización adecuada.

Se ha nombrado la nueva Comisión de la CEE

A finales de junio, los Ministros de la Comunidad Económica Europea designaron a los miembros de la nueva Comisión Ejecutiva que tomará posesión a partir de julio y vendrá a sustituir a la Comisión anterior encabezada por Walter Halstein y, además, absorberá las actividades de los grupos encargados del funcionamiento de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y, asimismo, del Euratom. Hasta ahora, existían tres comisiones distintas, compuestas por 23 ejecutivos.

La flamante comisión está formada por las siguientes personas: Jean Rey, ex ministro de finanzas de Bélgica, presidente; Hans von der Broeben, Fritz Hellwig, vicepresidente, y Willy Haferkamp, de Alemania; Henri Rochereau, Jean François Deniau y Raymond Barre, de Francia; Lionello Levi-Sandri, vicepresidente; Guido Colonna y Edmundo Martino, de Italia; Sico L. Mansholt, vicepresidente, y Emmanuel Sassen de Holanda; el propio Jean Rey y Albert Coppe, de Bélgica, y Víctor Bodson, de Luxemburgo.

bloqueo soviético

Mecanismo de la reforma económica de la Unión Soviética

La introducción de conceptos y mecanismos tradicionalmente concebidos pa-

ra las economías de mercado ha dado resultados positivos, al ser aplicados como instrumentos de flexibilidad, en las economías centralizadas, especialmente la Unión Soviética.

Desde el punto de vista del consumidor, el proceso de descentralización de las decisiones y de introducción de estímulos basados en los márgenes de utilidad ha devenido en una expansión sensible del volumen y variedad de los bienes puestos en el mercado. Así, puede adquirirse sin dificultad todo tipo de alimentos durante todo el año. Cabe recordar que, no hace mucho tiempo, la escasez de frutas y vegetales era tradicional durante el invierno, e inclusive, en ocasiones se reducía la oferta de carne y hasta la de pan. Respecto a otro tipo de bienes de consumo, la situación ha mejorado sustancialmente "aunque deja todavía mucho que desear" agrega *The Financial Times*. Sin embargo, ha aumentado la variedad de vestidos, camisas, corbatas, etc., y son aquellos artículos como tejidos y telas de alta calidad los que se importan para complementar la insuficiente oferta interna.

Por otra parte, se ha estimulado el trabajo de diseño industrial, lo cual se hace patente "hasta en las renovadas placas de corte moderno, que indican los nombres de las calles de Moscú".

Desde luego, estas mejoras en los niveles de vida deben enmarcarse dentro de una producción industrial en evolución continua, inducida por una elevada tasa de inversiones productivas. En efecto, durante el primer trimestre de este año, la producción industrial acusó un crecimiento de 10% respecto al mismo período de 1966. No puede dejar de mencionarse la influencia de una excelente cosecha agrícola.

Pero haciendo especial referencia al carácter del desarrollo industrial vía introducción de conceptos flexibles, puede señalarse que la dinamicidad del aparato productivo soviético es consecuencia de la Reforma Económica, que acarrió el cambio de 3 600 empresas hacia sistemas de estímulo basados en la utilidad de la empresa y en sus resultados totales como unidad productiva. Ajenas a este sistema de incentivos quedan aún unas 40 000 empresas, cuyo funcionamiento gira en torno a bonificaciones por superación de las metas estipuladas en los planes de desarrollo. Empero, es preciso hacer notar que las 3 600 empresas integradas al nuevo mecanismo representan el 26% de la producción industrial del país.

Los resultados se reflejan en las cifras. La utilidad de las 3 600 empresas aumentó en 25% durante 1966, en tanto

que en el resto de la industria el crecimiento de los beneficios fue de 10% únicamente. "Es verdad —dice Michael Connocch en *The Financial Times*— que esas 3 600 plantas son las más eficientes del país, empero, los economistas soviéticos aseguran, sin la menor duda, que la Reforma es la causa fundamental de los resultados obtenidos."

De cualquier manera, el nuevo sistema se aplicará a toda la industria soviética para finales de 1968. En más detalle, se puede disectar el funcionamiento de una industria reformada, de la siguiente manera: cada empresa cuenta con un Fondo de Estímulo Económico, el cual se provee de recursos con base en una escala que indica porcentajes de utilidad respecto al capital empleado y otra escala en relación al resultado global de la empresa. En general, alrededor del 70% de las disponibilidades del Fondo provienen de la evolución de las utilidades. Desde luego, los resultados del método varían según la empresa, pero es importante señalar que las escalas deberán mantenerse por un período de cinco años, de tal manera que tanto los directores como el sector laboral de las empresas sepan bajo qué estímulos está trabajando.

El Fondo de Estímulo Económico se divide en tres ramas: Desarrollo de la Producción, Promoción, y Medidas Sociales y Culturales. El dinero del primer grupo se destina a la compra de maquinaria y equipo; los recursos del segundo se dirigen al pago de bonificaciones a ejecutivos y trabajadores (especialmente a los primeros) y los fondos recabados bajo el tercer concepto sirven para la construcción habitacional en beneficio de los trabajadores, para el sostenimiento de clubes culturales y deportivos, etcétera.

Pero la implantación de la Reforma ha traído consigo problemas como el ajuste de precios, puesto que al introducirse el concepto del beneficio, se rompió con la falta de interés —y necesidad— de mantener niveles de precios redituables por parte de los dirigentes de empresa. Esto ha provocado elevaciones importantes en las cotizaciones de los productos de las empresas afectadas. Por otra parte, dado que las empresas no reformadas sólo venden a consumidores programados con gran anticipación, no pudieron abastecer las demandas de equipo que las empresas reformadas quisieron adquirir con los fondos disponibles destinados a "Desarrollo de la Producción". Sin embargo, estos conflictos seguramente desaparecerán en la medida en que toda la industria se incorpore al nuevo sistema.

áfrica

Tres para uno en Africa del este

Cuando hace dos años se reunieron los representantes de Tanzania, Kenia y Uganda en Mombasa, se discutió la declinante cooperación económica entre sus respectivos países. En efecto, para en tonces Tanzania había impuesto restricciones arancelarias a las importaciones hechas desde Kenia, se esperaban desequilibrios monetarios y el saldo negativo de la balanza de pagos con este último país llegaba a unos 28 millones de dólares. Así, el beneficio derivado del mercado común de Africa oriental convergía casi en su totalidad a favor de Kenia. "El desarrollo industrial —dice *The Economist*, revista de donde procede la información que aquí se recoge— se había concentrado en Kenia, a expensas de sus otros dos socios. Pocos daban posibilidades de éxito ni al mercado común, ni a la Organización de Servicios Comunes de Africa Oriental (OSCAO). Esta última, como se recordará, controla los servicios aéreos, de cabotaje, postales, aduaneros, fiscales y ferrocarrileros de la zona." Sin embargo, a mediados de junio pasado pareció girar súbitamente la situación al firmarse un tratado de cooperación por 15 años, "que revela que los tres países han optado por la interdependencia más que por la independencia económica".

Los puntos esenciales del tratado son: el establecimiento de un banco de desarrollo para Africa oriental; tarifas arancelarias interterritoriales que recaerán sobre los bienes producidos en uno de estos países y exportados a otro de la zona; reposición de los comités ministeriales que manipulaban los servicios de la OSCAO, así como la descentralización de sus sucursales; y, en general, la reorganización de Africa oriental como una comunidad económica.

Las funciones principales del banco de desarrollo, serán las relacionadas con la promoción financiera y la asistencia técnica a proyectos industriales. Dentro de este contexto, se dará prioridad a la elevación de los niveles industriales en Tanzania y Uganda, con el fin de lograr para ellos una situación similar a la de Kenia. Los recursos del banco provendrán de una aportación inicial de cada país de unos 6 millones de dólares, que serán complementados con otros 12 millones del exterior, esperándose conseguir alrededor de 30 millones adicionales cada cinco años. Las inversiones del banco se destinarán en 38.75% a Tan-

zania y en igual porcentaje a Uganda, mientras que el resto (22.5%) se canalizará a Kenia.

El sistema de aranceles interterritoriales funcionará con base en un mecanismo de "impuestos transferidos". Como se sabe, este mecanismo permite a un país con comercio deficitario respecto a otro, establecer impuestos a los bienes importados, hasta por una cantidad equivalente al déficit. Esto sólo puede hacerse en el caso de que en el país deficitario se elaboren bienes similares, o su producción se efectúe en un plazo no mayor de tres meses. Las industrias que estén en el caso, deberán contar con una capacidad tal que les permita satisfacer el 15% el consumo interno, o en su defecto, representar una inversión de, al menos, 300 000 dólares. Por otra parte, el gravamen no podrá exceder del 50% del arancel aplicado a bienes similares provenientes de países ajenos a la zona y su duración no podrá ser mayor de ocho años. En especial, este sistema favorecerá a Tanzania, pues le permitirá competir en buenos términos con Kenia y Uganda —su saldo comercial es, con ambos países, negativo— y al mismo tiempo proteger su industria de la competencia con el resto del mundo.

El comité ministerial de la OSCAO estará integrado por los Ministros de Asuntos Regionales, que cada país nombre al efecto, y su sede permanente será Arusha, Tanzania, en vez de Nairobi, Kenia. El banco de desarrollo y la oficina de correos estarán ubicados en Kampala; las aerolíneas de África oriental y las empresas ferrocarrileras tendrán su sede en Nairobi y las oficinas de cabotaje serán situadas en alguna ciudad de Tanzania.

Los tres ministros retendrán la autoridad como organismo de control de la comunidad, en tanto que un consejo del mercado común se encargará del fluido funcionamiento cotidiano de las operaciones. Se creará un tribunal sobre el que recaerán los aspectos legales.

Se ha dejado la puerta abierta a la posible integración de Zambia y otros países del centro de África, dentro del marco de la renovada acción integradora de este grupo de países en proceso de desarrollo.

asia

Ceilán: el precio de la reconstrucción económica

Hace aproximadamente dos años y medio dejó el poder en Ceilán el gobierno

de la primera mujer que desempeñaba, en la historia moderna, el cargo de Primer Ministro, la Sra. Bandaranaike, cuyos esfuerzos por liberar a la segunda economía más rica del sureste de Asia (en términos de ingreso *per capita*) de los intereses neocolonialistas, casi llevan a Ceilán al borde del caos económico. En ese tiempo el aparato productivo crecía a una tasa menor que la población misma y se inició un conflicto entre el Estado y la industria privada, controlada por intereses extranjeros.

El gobierno de la Sra. Bandaranaike fue sustituido, en una elección aparentemente democrática, por una coalición encabezada por Dudley Senanayake, la cual poco ha hecho por reanimar la actividad económica, como no sea la suspensión de la política nacionalista de su predecesora, que incluía la expropiación de bancos y plantaciones extranjeras, y la prohibición de remitir utilidades al extranjero. Como paso inicial —y fundamental— del gobierno de Senanayake se ha diseñado una política de atracción de inversiones extranjeras, bajo condiciones de absoluta liberalidad, tanto en su monto como en su dirección y facilidades de repatriación de utilidades. En especial, se han firmado acuerdos de garantía de inversiones con Estados Unidos y con Alemania Federal.

De cualquier forma, los estímulos a la inversión han traído consigo resultados en realidad parcos, pues no se han efectuado arriba de 20 proyectos de inversión. Por su parte, el Banco Mundial promueve la canalización de inversiones a Ceilán desde hace dos años, sin el éxito esperado.

Sin embargo, se han contratado créditos internacionales que durante 1966 y 1967 ascenderán a unos 90 millones de dólares, en tanto que se han comprometido otros 50 millones más. En opinión del Banco Mundial, Ceilán requiere de créditos por 100 millones de dólares anuales si se quiere superar el estancamiento que se registra desde la última década.

medio oriente

Aspectos económicos de la crisis árabe-israelí

Las condiciones que caracterizan el marco sociopolítico prevaleciente en el Medio Oriente han sido motivaciones fundamentales que, aunadas a la estructura económica de los países en conflicto, permiten evaluar la reciente crisis en toda su magnitud. Así, para comprender

el mecanismo sociopolítico de la guerra árabe-israelí, es preciso tener en mente el panorama económico que la rodea.

Tanto la economía de Israel, como la de los países árabes, acusaba problemas de mayor o menor gravedad antes de la guerra, cuyos efectos han venido a acentuar las tensiones que precedieron al enfrentamiento armado.

Por lo que se refiere a Israel se sabía que las repercusiones de un período de expansión acelerada habían devenido en serias presiones inflacionarias y en un crecimiento exagerado del déficit comercial —a un grado tal que las considerables entradas de capital externo resultaban insuficientes para cubrir los números rojos de la balanza comercial, lo que orilló a las autoridades a deflacionar a la economía. Es a partir de 1964 que el crecimiento de la inversión (22%) comienza a ser más dinámico que la evolución del consumo (11%), incrementándose las importaciones (24%) y reduciéndose el ritmo de crecimiento de las exportaciones a sólo 6% (frente a nada menos que 26% en 1963), lo que dio lugar a un déficit comercial de alrededor de 100 millones de dólares. Esto incidió en rigideces de la oferta de mano de obra, que para 1965 ocasionaron elevaciones de 16% en los salarios y de 8% en los precios al consumidor, aumentando el déficit presupuestal en 21% —financiado a través de considerables créditos tanto internos como externos.

Para evitar esta expansión se adoptaron medidas que trajeron consigo efectos colaterales de un impacto negativo en la economía. La aplicación de medidas fiscales restrictivas —mayores impuestos, disminución del gasto público— ha comprimido la demanda a tal grado, que en 1966 el aparato productivo creció tan sólo en 2%: las utilidades disminuyeron frente a las elevaciones de los salarios; se sucedieron las quiebras industriales, y el desempleo alcanzó niveles importantes. Empero, los objetivos básicos de la política deflacionista fueron alcanzados, pues se recuperó el volumen de exportaciones y se consiguió reducir la magnitud de las importaciones.

Por su parte, la economía de los países árabes es dual, y en general, mucho más precaria. Aunque durante los últimos años se han emprendido políticas de modernización, el mundo árabe aún se divide entre muy ricos y muy pobres, situación que rige tanto entre esos países como entre sus habitantes. En efecto, no sólo existe una elevadísima concentración del ingreso y la riqueza en pequeños estratos sociales; la riqueza también se polariza en unos cuantos de los países árabes. Entre éstos, podemos

señalar a los países petroleros del Medio Oriente: Kuwait, Dakar, Arabia Saudita y Libia, y, entre los más pobres, destacan Egipto, Sudán, Siria, Túnez, Argelia y Jordania. En un punto intermedio podría situarse a Iraq.

Pero si algo ha caracterizado a los países árabes es la falta de cooperación mutua —quizá con excepción de Kuwait, que estableció un fondo de unos 300 millones de dólares, destinados a promover el desarrollo árabe— y la riqueza de unos cuantos no ha solventado de manera considerable el crecimiento económico de la zona. Así, los vastos recursos generados por los países petroleros de Medio Oriente se han invertido o gastado en países industrializados, siendo mínima la parte que se destina incluso al propio desarrollo de esos países.

De esta forma, no sorprende que Egipto se encuentre casi en bancarota. A principios de año (marzo) las reservas de oro ascendían a 100 millones de dólares y las de divisas llegaban a no más de 30 millones de dólares. Esto resulta abrumador si se considera que Egipto debe más de 1 000 millones al mundo occidental aparte de la deuda —de magnitud desconocida— con el bloque socialista. En total, se estima que Egipto ha recibido no menos de 3 000 millones de dólares. Con 30 millones de habitantes, el producto nacional bruto asciende a unos 5 000 millones (el PNB de Israel es de 3 600 millones de dólares, repartido entre algo más de 2 millones de habitantes), con lo cual difícilmente puede decirse que existan probabilidades de cubrir el endeudamiento.

El primer plan quinquenal (1960-1965) de Egipto dio resultados impresionantes: la economía creció a una tasa anual de 6.5%; el empleo ascendió de 6 a 7.3 millones y el PNB *per capita* se movió a un ritmo ascendente de 3.5% durante la duración del plan. Sin embargo, el siguiente plan no ha comenzado a operar, tal vez como consecuencia de la falta de eficiencia de las empresas estatales y los conflictos que han surgido con otros países árabes. Pero más importante que eso parece ser el aislamiento gradual que ha envuelto a Egipto, por parte de las grandes potencias, especialmente Alemania Federal y Estados Unidos, países con los que, finalmente, se rompieron las relaciones diplomáticas. La presión ejercida por estos países parece reflejarse en la actitud del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional —organismo respecto al cual Egipto ha atrasado sus pagos— que en un momento dado exigieran, para otorgar créditos a este país, la adopción de

rígidos programas de austeridad que difícilmente aceptarían las autoridades egipcias. Empero, aunque en principio Egipto de hecho aceptó las condiciones impuestas por el FMI a través de dicho programa de austeridad, este organismo retiró súbitamente la oferta bajo una supuesta presión norteamericana.

Se desconoce hasta ahora el costo de la fricción bélica árabe-israelí, sin embargo, no cabe duda que, con base en los recursos disponibles, la pérdida de material humano y de instalaciones, y otros factores más, puede estimarse que el precio que pagará el mundo árabe será muy superior al costo que el conflicto significó para Israel. Se ha estimado que, conservadoramente, la guerra ha significado una pérdida de 1 000 millones de dólares a Israel. Esta cifra está basada en datos semioficiales israelitas que suponen que, durante las dos semanas anteriores al rompimiento de las hostilidades, el costo militar ascendía a 3 millones de dólares diarios. Por otra parte, se calculó que sólo por daños a la propiedad y pérdida de la recaudación sobre negocios normales, se dejaron de percibir alrededor de 10 millones de dólares al día. Estas apreciaciones fueron hechas el 11 de junio de 1966 por Chaim A. Salomon, *consul económico* en Estados Unidos. El Sr. Salomon hizo notar que parte de los 1 000 millones de dólares que se perdieron en la guerra serían cubiertos por el fondo de emergencia que Israel integró con anterioridad para este propósito y en parte mediante la venta de bonos gubernamentales.

La pérdida en vidas humanas es desoladora. Tan sólo en Jordania, en donde mermó extraordinariamente la población, las muertes fluctúan entre 14 000 y 18 000 personas, de los cuales casi el 50% eran civiles y la causa principal de mortandad fueron lesiones originadas en explosiones de bombas de napalm. En lo que respecta a Egipto, parece ser que ascienden a 20 000 los muertos, en su mayoría militares, careciéndose de información más amplia en este sentido.

oceanía

La economía australiana

El aparato productivo de Australia acusó una marcada celeridad durante el trimestre que terminó en marzo de 1967,

en el que el PNB creció en 13% respecto al mismo período del año pasado.

Las dos fuentes principales del dinamismo de la economía australiana, reflejado en el crecimiento del PNB, fueron la evolución de los volúmenes de consumo personal y la magnitud ascendente del gasto público. En efecto, el consumo personal llegó a crecer en 7% durante el trimestre terminado el mes de marzo próximo pasado, lo cual supera la tasa promedio de 5% registrada en los trimestres anteriores.

En ese mismo período, el gasto público alcanzó un avance de 16%, en comparación al trimestre correspondiente de 1966. Cabe indicar que fue el renglón militar el que, al aumentar en 30%, indujo al resultado final hacia el alza.

Se señala que la ampliación de la demanda efectiva obedece a la elevación sustancial registrada en el ingreso derivado de las actividades primarias, en especial, del sector agrícola. Así pues, para el trimestre en estudio, el superávit de las empresas agrícolas —las trigueras especialmente— creció en 45%, frente al incremento de 14% durante el trimestre terminado en diciembre de 1966.

Pero si bien ha sido notable la expansión, tanto del consumo personal como de los gastos efectuados por el sector estatal, por otra parte ha quedado en suspenso el auge de los gastos privados en capital fijo, cuyo volumen registró disminución respecto en el primer trimestre del año en curso. Esto ha traído consigo el deterioro de la magnitud total de la inversión fija que, dada la rigidez del sector privado, se mantuvo estática durante los meses de enero a marzo de 1967. Empero, dentro de la declinación conjunta de este tipo de erogaciones, el gasto en construcción habitacional acusó un incremento de 12%, en tanto que los demás integrantes de la rama se mantuvieron a los mismos niveles de 1966 o, en algunos casos, decrecieron.

Aunada a la aceleración de la tasa de crecimiento del PNB, se ha registrado una importante alza de los márgenes de utilidad en diversas ramas de la economía, entre las cuales cabe destacar a la producción de servicios y a algunas productoras de bienes de consumo, lo cual se ha reflejado en un incremento equivalente al 13% en el monto global de utilidades. "Afortunadamente —dice *The Financial Times*— este aumento en las utilidades ha venido acompañado de una elevación de 16% en el valor de las exportaciones."